

DEL AUTOR DE *ESPÍA Y TRAIADOR* Y *UN ESPÍA ENTRE AMIGOS*

**BEN MACINTYRE**

SUPERVIVENCIA Y FUGA DE LA MÁS INEXPUGNABLE FORTALEZA NAZI

**LOS PRISIONEROS DE**

**GOLDITZ**



CRÍTICA

Ben Macintyre

# Los prisioneros de Colditz

Supervivencia y fuga de la más inexpugnable  
fortaleza nazi



Traducción castellana de  
Efrén del Valle

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2023

*Los prisioneros de Colditz*  
*Supervivencia y fuga de la más inexpugnable fortaleza nazi*  
Ben Macintyre

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Colditz. Prisoners of the Castle*

© Ben Macintyre, 2022

© de la traducción, Efrén del Valle, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-490-9

Depósito legal: B. 1.254-2023

2023. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex



## Los originales

La tarde del 10 de noviembre de 1940, el capitán Pat Reid contempló el castillo situado en lo alto de la colina y sintió la mezcla de admiración y ansiedad que sus constructores tenían en mente. «Más arriba vimos alzarse imponente nuestra futura prisión», escribía después. «Hermosa, serena, majestuosa y, sin embargo, lo bastante amenazadora como para que nos sintiéramos desolados [...] una imagen que acobardaba a los más valerosos.»

Acobardarse no era algo innato en Pat Reid. De hecho, veía cualquier muestra de cobardía como un fracaso moral y se negaba a consentirla en él mismo o en cualquiera. Como oficial del Cuerpo de Servicio del Ejército Real, había sido capturado en mayo junto a miles de soldados que no habían podido escapar tras la caída de Francia. Al principio fue encerrado en el castillo de Laufen, en Bavaria, y supervisó inmediatamente la construcción de un túnel desde el sótano hasta una pequeña caseta situada fuera de los muros de la cárcel. Después se dirigió a la frontera yugoslava con otros cinco oficiales. Estuvieron fugados cinco días antes de ser apresados y enviados a Colditz, un nuevo campo para prisioneros incorregibles y, por tanto, un lugar para el que Reid estaba sobradamente cualificado.

Nacido en la India, de padre irlandés, a sus veintinueve años Reid era un rebelde y un exhibicionista nato, un aliado sumamente fiable y, como oponente, obstinado e insufrible. En una ocasión había trepado por los postes de una portería de rugby durante un partido entre Inglaterra e Irlanda disputado en Twickenham para dejar unos tréboles en lo alto. Descrito por otro preso

como un «hombre rechoncho con el pelo ondulado y una mirada pícaro», Reid hablaba y escribía utilizando exclusivamente el argot de *Boy's Own Paper*, la revista británica para niños dedicada a hazañas heroicas en las escuelas públicas. En todo momento hacía gala de un optimismo inagotable y alegre. Con una idea clara del lugar que ocupaba en el drama, Reid se convertiría en el primer y más prolífico cronista de Colditz. Odió aquel lugar nada más verlo y se pasó el resto de su vida pensando y escribiendo sobre él.

Los oficiales británicos, más tarde conocidos como los «Seis de Laufen», cruzaron el foso y recorrieron un segundo pasaje abovedado de piedra «cuyas puertas de roble se cerraron ominosamente con un estrépito de pesados barrotes de hierro al más puro estilo medieval». En tiempos de paz, Reid había sido ingeniero civil y escrutó las almenas con mirada profesional. Por debajo de unas terrazas con alambre de espino, el terreno formaba un precipicio escarpado por tres lados. Cuando anochecía, el resplandor de los focos iluminaba los muros del castillo. La ciudad más próxima era Leipzig, situada treinta y siete kilómetros al noroeste. La frontera más cercana con un país que no estuviera bajo control nazi se encontraba a seiscientos cincuenta kilómetros. «Huir sería una empresa formidable», reflexionó Reid. El pequeño grupo pasó por debajo de otro arco y llegó al patio interior, donde solo rompía el silencio el repiqueteo de sus botas sobre los adoquines. Era, según escribió Reid, «un lugar absolutamente espeluznante».

El castillo de Colditz se encuentra en la cima de una colina, cuarenta y cinco metros por encima del río Mulde, un afluente del Elba que fluye por el este de la Alemania actual. Antes de convertirse en una provincia alemana en el siglo X, los eslavos serbios que habitaban la zona la bautizaron *Koldyese*, que significa «bosque oscuro». La primera piedra de la que sería una imponente fortaleza se colocó hacia 1043, y durante el milenio posterior fue ampliada, modificada, destruida y reconstruida repetidamente por las grandes dinastías que pugnaban por el poder y el

protagonismo en la región. El fuego, la guerra y la peste alteraron la forma del castillo a lo largo de los siglos, pero sus propósitos fueron siempre los mismos: impresionar y oprimir a los súbditos del gobernador, demostrar su poder, amedrentar a sus enemigos y encarcelar a sus cautivos.

Los gobernantes hereditarios de la región, el electorado de Sajonia, lo transformaron en un pabellón de caza con capilla y sala de banquetes y, en 1523, la zona verde colindante se convirtió en un coto de caza rodeado de altos muros de piedra. En un recinto especial del parque, o *Tiergarten*, criaban ciervos blancos que luego ponían en libertad y cazaban. Los electores retenían a sus viudas, a sus parientes turbulentos y a sus hijas solteras dentro de los muros del castillo. A principios del siglo XVIII, bajo el mandato de Augusto II, elector de Sajonia, rey de Polonia y gran duque de Lituania, el *Schloss* fue ampliado con más fortificaciones, zonas de esparcimiento y un teatro. «Augusto el Fuerte» era un hombre con una energía física inmensa al que se le daba bien el deporte del lanzamiento de zorro (que era exactamente tan cruel como suena) y un mujeriego prodigioso que, según decían, tenía entre trescientos sesenta y cinco y trescientos ochenta y dos hijos. El castillo fue ampliado a setecientas habitaciones para darles cabida.

En el siglo XIX, los príncipes sajones habían puesto la mirada en otros lugares y el castillo de la colina se convirtió en un hospicio, en un centro de menores y más tarde en un hospital para «locos incurables». Colditz, el manicomio más caro de Alemania, era un vertedero para miembros mentalmente trastornados de familias ricas y notables, entre ellos Ludwig, el hijo del compositor Robert Schumann, que llegó perturbado cuando tenía veinte años y nunca salió. En el siglo XX se había convertido en un lugar de muerte, un gran mausoleo de gélidos suelos de piedra, pasillos ventosos y miseria oculta. Durante la primera guerra mundial albergaba a enfermos de tuberculosis y pacientes psiquiátricos, de los cuales novecientos doce murieron de desnutrición. Antes de la guerra, los nazis lo utilizaban como campo de concentración para comunistas, socialdemócratas y otros oponentes políticos de Hitler. Más de dos mil de esos «indeseables»

fueron encarcelados allí en un solo año. Algunos fueron torturados en sus húmedas celdas. Tras un breve período como campo para trabajadores de las Juventudes Hitlerianas, en 1938 volvió a convertirse en manicomio, pero esta vez letal: dejaron morir de hambre a ochenta y cuatro personas con discapacidad física y mental, un campo de pruebas para el gran programa de eutanasia de Hitler.

Pero en 1939 devino aquello por lo que siempre será recordado: un campo de prisioneros de guerra. El *Oberkommando der Wehrmacht* (OKW), o alto mando del ejército alemán, transformó Colditz en un campo especial (*Sonderlager*) para una variedad particular de oficiales enemigos: prisioneros que habían intentado escapar de otros campos o mostrado una actitud marcadamente negativa hacia Alemania. Eran calificados de *deutschfeindlich*, u «hostiles hacia Alemania», un término que no tiene paralelismos en ningún otro idioma y es prácticamente intraducible. En la Alemania nazi, no ser lo bastante amigable era delito. Ser *deutschfeindlich* merecía una etiqueta roja en el historial de un prisionero, lo cual constituía una marca de demérito para los alemanes, pero una distinción para los prisioneros de guerra. A partir de entonces, el castillo fue un campo para oficiales capturados, un *Offizierslager* con el nombre de Oflag IV-C.

A lo largo de los siglos, los habitantes del castillo de Colditz han sido muchos y variados, pero casi todos tenían algo en común: no estaban allí por decisión propia. Las viudas, los lunáticos, los judíos, las vírgenes, los pacientes de tuberculosis, los prisioneros de guerra y los ciervos blancos del parque habían sido encerrados en el castillo por otras personas y no podían salir. Incluso la progenie bastarda de Augusto el Fuerte estaba atrapada en aquel enorme complejo de la colina. Supuestamente, el extenso castillo había sido construido para proteger a la gente, pero siempre fue un símbolo de poder, un gran gigante almenado que dominaba el horizonte, erigido para asombrar a quienes vivían debajo y mantener encerrados a sus ocupantes. Dependiendo del lado del muro en el que te encontraras, era magnífico o monstruoso.

El edificio consistía en dos patios adyacentes. El espacio interior y más antiguo, no más grande que una pista de tenis, tenía

suelo de adoquines y estaba rodeado por cuatro muros de veintisiete metros de altura. En la cara norte estaban la capilla y la torre del reloj; en la oeste, la *Saalhaus*, o gran sala, con el teatro, la oficina de correos y las dependencias de los altos mandos arriba; en el ala sur se encontraba la cocina de los prisioneros, contigua al cuartel alemán; la cara este era la *Fürstenhaus*, o casa del príncipe, que alojaría a los prisioneros británicos. El sol penetraba en el patio interior solo unas horas hacia el mediodía. Una única puerta conducía al patio exterior, este más amplio, que solo contaba con dos salidas, una por encima del foso seco que llevaba al pueblo de Colditz, situado en el valle, y otra al final de un túnel bajo los barracones, descendiendo hacia el parque y los bosques que antaño habían sido los jardines y terrenos de caza de los poderosos electores. Los prisioneros ocupaban el patio interior y los guardias alemanes, pertenecientes al 395º Batallón de Defensa, el exterior, el cuartel general de la guarnición conocido como *Kommandantur*.

El castillo de Colditz parecía tan resistente y firme como la roca sobre la cual descansaba, pero en realidad estaba salpicado de agujeros. El colosal laberinto de piedra se había construido en capas superpuestas. Hombres que llevaban siglos muertos habían ampliado habitaciones, abierto o tapiado ventanas, bloqueado pasadizos y desviado desagües y cavado otros nuevos. El lugar estaba lleno de compartimentos ocultos, buhardillas abandonadas, puertas cerradas con candados medievales y fisuras olvidadas hacía largo tiempo. En los cuatro años posteriores, Reid y los otros habitantes del patio interior trataron de aprovechar esas aberturas mientras los ocupantes del patio exterior ponían el mismo empeño en intentar tapparlas.

Un oficial alemán alto y de rasgos marcados saludó fugazmente cuando los prisioneros entraron en el patio. «Buenas noches, mis amigos británicos», dijo en un inglés impecable. «Deben de estar cansados después de un día tan largo.»

El teniente Reinhold Eggers era la antítesis de Pat Reid en todos los sentidos imaginables. Eggers era formal, disciplinado, carente de sentido del humor y tan patriota como Reid era *deutsch-feindlich*. Ambos se detestaron desde el primer momento y su

encuentro supuso el comienzo de una prolongada y amarga competición.

Hijo de un herrero de Brunswick, Eggers había combatido en Ypres y el Somme y, después de «cincuenta y un meses espantosos», acabó la guerra con una Cruz de Hierro y una herida de bala en la pierna. Eggers se describía a sí mismo como un «patriota alemán» devoto de su país. Pero no era nazi, y antes de la guerra había tenido problemas con el partido por no demostrar suficiente entusiasmo por el nacionalsocialismo. Cuando estalló la segunda guerra mundial tenía ya cuarenta y nueve años, pero fue llamado a filas y, como muchos otros soldados, destinado al sistema de prisiones militares como lugarteniente del oficial superior de Oflag IV-C. Más tarde se convertiría en jefe supremo de seguridad en Colditz.

Formado como profesor, Eggers conservaba todos los atributos de un anticuado maestro prusiano, un hombre organizado, quisquilloso y autoritario, frágil y recto como un trozo de tiza, pero salomónico, impávido y persistente en cuanto a los buenos modales. Creía que su experiencia como educador de niños desobedientes era idónea para controlar a los prisioneros de guerra más alborotadores de Alemania, y aplicaba sus normas de enseñanza a la gestión del campo: «Nunca muestres tus emociones; sonríe pase lo que pase; castiga enérgicamente la desobediencia». Era un hombre de principios que desaprobaba el uso de la violencia contra los prisioneros si no era en defensa propia. Su diario y otros escritos ofrecen una extraordinaria panorámica de Colditz desde la perspectiva alemana.

Eggers también era un ardiente anglófilo, un entusiasmo peligroso en la Alemania nazi. No ocultaba su admiración por el paisaje, la cortesía, el idioma, la comida y la deportividad británicos. La disertación para su diplomatura de magisterio se titulaba *Teoría y práctica de la reforma escolar en Inglaterra desde la época victoriana hasta la actualidad*. En 1932 había organizado un intercambio entre el Johann-Gottfried-Herder-Gymnasium de Halle y el Instituto Cheltenham. Mientras el nazismo cobraba impulso en Alemania, había pasado unos espléndidos meses en la ciudad balneario de Gloucestershire, donde se empapó de cultura britá-

nica y cerveza inglesa. Pero la experiencia le dejó una percepción sesgada de Inglaterra y creía que todos los británicos eran como los que había conocido en Cheltenham: educados, interesados en Alemania e incapaces de jugar sucio. Estaba a punto de llevarse una desagradable sorpresa.

Incluso antes de que llegaran los primeros reclusos, Eggers había detectado dos importantes defectos en el plan de la Wehrmacht para crear una supercárcel para prisioneros problemáticos de la cual fuera imposible escapar. El primero era el propio edificio: era imponente, desde luego, pero la enorme complejidad de su trazado medieval dificultaba sobremanera las labores de seguridad. «Era inexpugnable», escribió Eggers, «pero probablemente no se volverá a elegir nunca un lugar tan inadecuado para retener a prisioneros.» El segundo era la naturaleza de los reclusos: *deutschfeindlich*, «los tipos malos», en palabras de Eggers, «indeseables [con] fama de alterar la paz». Eliminar a los problemáticos tal vez facilitaba la gestión de los otros campos, pero el profesor Eggers era muy consciente de que si juntas a los niños más traviesos bajo un mismo techo, acaban compartiendo resistencia, se animan unos a otros y tu aula pronto está en llamas.

Todas las escuelas y cárceles necesitan un reglamento y, para Eggers, este era la Convención de Ginebra para los prisioneros de guerra, firmada por Alemania y otras treinta y seis naciones en 1929. En ella se estipulaban las regulaciones que atañían a la alimentación, el alojamiento y el castigo de los prisioneros de guerra. El bienestar de estos últimos era supervisado por un «poder protector» neutral, al principio Estados Unidos y más tarde Suiza. De acuerdo con la Convención, los altos mandos capturados gozaban de ciertos privilegios, entre ellos ser «tratados con el debido respeto a su rango». A diferencia de los prisioneros de «otros rangos», que eran retenidos en un campo de trabajo conocido como *Stammlager*, o Stalag, a los oficiales encarcelados durante la segunda guerra mundial no podían obligarlos a trabajar para el Reich. El militar de más alto rango era reconocido como el intermediario oficial entre las autoridades del campo y los prisioneros. Puede que los reclusos de Colditz hubieran

perdido la libertad, pero conocían sus derechos legales, y los alemanes también. Las SS, el grupo paramilitar, dirigían los campos de concentración con un desprecio inhumano hacia la ley internacional, pero, en los campos de prisioneros de guerra controlados por el ejército, la mayoría de los oficiales alemanes veían el respeto a la Convención como una cuestión de orgullo militar y se ofendían ante cualquier insinuación de que no estuvieran cumpliéndola. En medio de una guerra cada vez más brutal, los guardias militares alemanes seguían acatando las normas, al menos por el momento. «No hacen gala de una tiranía mezquina», escribía un preso británico, «sino que, una vez que han adoptado todas las precauciones para impedir fugas, nos tratan como caballeros que conocen el significado del honor y poseen dignidad.»

Al observar el patio por primera vez, Pat Reid tuvo la sensación de haber entrado en unas «ruinas fantasmagóricas» y, cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, aparecieron unos rostros inquietantemente pálidos en las ventanas superiores. Una semana antes había llegado un contingente de ciento cuarenta oficiales polacos, que dieron la bienvenida a los nuevos prisioneros con un cántico que fue elevándose poco a poco: «*Anglicy, Anglicy...*». Los ingleses, los ingleses...

Como prisioneros de guerra, los polacos ocupaban una posición anómala. Unos 420.000 soldados polacos fueron capturados por los alemanes en 1939 y Alemania y la Unión Soviética se repartieron su país. Para sus captores, no estaban protegidos por la Convención. «Polonia ya no existe», les dijeron a los oficiales polacos a su llegada a Colditz. «Solo gracias a la magnanimidad del Führer os beneficiaréis temporalmente de los privilegios otorgados a los prisioneros de guerra de las otras potencias beligerantes. Deberíais estar agradecidos.» Pero los polacos no se sentían así. La mayoría solo abrigaban un desprecio visceral hacia los alemanes que apenas se molestaban en disimular. El contingente de los oficiales polacos estaba liderado por el general Tadeusz Piskor, que había sido enviado a Colditz por negarse a estrecharle la mano a un Kommandant de campo. «Los polacos nos odiaban profundamente», escribió Eggers.

Reid y sus cinco compañeros fueron conducidos por una angosta escalera y encerrados en una buhardilla, donde encontraron a tres presos más, oficiales canadienses de la RAF que fueron abatidos el mes de abril anterior cuando sobrevolaban Alemania. Habían huido de otro campo, pero fueron capturados al poco tiempo, golpeados brutalmente y trasladados a Colditz.

Los británicos estaban instalándose en sus nuevos aposentos cuando oyeron ruido en la puerta, y al abrirse asomaron cuatro polacos sonrientes con varias botellas grandes de cerveza. Los oficiales polacos habían tardado menos de una semana en descubrir que los viejos candados de las puertas internas del castillo podían abrirse fácilmente utilizando «un par de instrumentos que parecían abotonadores». A continuación celebraron una pequeña fiesta en la que se comunicaron en un inglés rudimentario mezclado con francés y alemán, la ceremonia fundacional de una duradera alianza anglo-polaca en Colditz. Antes de quedarse dormido en un colchón relleno de paja colocado sobre una estrecha litera de madera, Reid cayó en la cuenta de que los polacos tuvieron que abrir al menos cinco candados para llegar allí desde sus habitaciones, situadas al otro lado del patio: «Si ellos pueden ir de un lado a otro aunque haya puertas cerradas, nosotros también».

Las primeras semanas en Colditz parecieron otra falsa guerra, similar al período de calma tensa justo después de que se declarara oficialmente el conflicto, mientras las diferentes nacionalidades, los guardias y los prisioneros se escrutaban unos a otros y su nuevo hogar compartido. En comparación con algunos de los campos anteriores, el castillo casi parecía cómodo a pesar de las paredes descascarilladas y el penetrante olor a moho. Uno de los recién llegados tuvo la sensación de haber ingresado en «una especie de club». El contingente británico y canadiense fue trasladado a unas dependencias permanentes en el ala este que contaban con inodoros, duchas, agua caliente de manera intermitente, luz eléctrica, un hornillo y un gran salón utilizado para las comidas y el entretenimiento. Durante el día podían pasear por

el patio, pero el acceso al resto del enorme castillo estaba estrictamente prohibido. Lo que salía de la cocina alemana del patio era poco apetitoso —sucedáneo de café de bellota, sopas aguada y pan negro—, pero comestible. Como oficiales, los prisioneros teóricamente tenían derecho a pagar con «dinero del campo» que podían gastar en la tienda o la cantina en tabaco, cuchillas de afeitar, mantas y, al menos al principio, cerveza de baja graduación. Debían personarse tres veces al día en el patio para un recuento, o *Appell*. Tras formar filas por naciones, eran contabilizados dos veces y, si había algo que mereciera la pena decir, los alemanes se dirigían a ellos y luego les ordenaban que rompieran filas. El primer recuento era a las ocho de la mañana y el último a las nueve de la noche, poco antes de que se interrumpiera el suministro eléctrico y se cerraran las escaleras y el patio. La guardia alemana, formada por más de doscientos hombres, superaba numéricamente a los prisioneros, pero, en las primeras semanas, los números de estos últimos no dejaron de aumentar: más oficiales británicos y polacos, unos cuantos belgas y un grupo cada vez mayor de franceses. A cada nación le asignaron alojamientos independientes.

Al principio, los reclusos de distintas naciones permanecían separados a la fuerza, pero los alemanes no tardaron en darse cuenta de que sería imposible, así que se mezclaban en el patio durante el día y a escondidas por la noche. Para muchos, era su primera exposición prolongada a personas de otras nacionalidades y culturas. Las rivalidades nacionales persistían, pero algunos se sorprendieron bastante al descubrir lo mucho que tenían en común. «Los polacos y los franceses son excelentes compañeros», observaba un prisionero británico. «Todos son difíciles, pero los prisioneros difíciles son compañeros de cárcel interesantes.»

Las invasiones *Blitzkrieg* de Polonia y Europa Occidental fueron tan rápidas y triunfales que ocasionaron un problema imprevisto a la maquinaria de guerra alemana: un numeroso ejército de prisioneros a los que dar alojamiento y comida y, en el caso de los «otros rangos», a los que poner a trabajar al servicio del Reich de Hitler. Más de 1,8 millones de franceses fueron captu-

rados durante la batalla de Francia entre mayo y junio de 1940, alrededor de un diez por ciento de toda la población masculina adulta. La operación de rescate de Dunkerque había trasladado a 300.000 soldados de la arrinconada Fuerza Expedicionaria Británica al otro lado del Canal, pero por cada siete hombres que huyeron, uno fue hecho prisionero. Miles más serían capturados en junio después de que el contingente anglo-francés se rindiera en Saint-Valery. A finales de 1940, unos dos mil oficiales británicos y al menos 39.000 soldados de otros rangos habían sido apresados, entre ellos muchos provenientes de dominios británicos: Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. A medida que avanzara la guerra, se sumarían a ellos otros prisioneros derribados o capturados en combate.

Los primeros cautivos de Colditz eran la flor y nata de las fuerzas armadas profesionales de sus respectivas naciones, recién licenciados de Sandhurst y la École Militaire de Saint-Cyr, así como veteranos de la primera guerra mundial. Al irse a la guerra en 1939 les dijeron que la victoria sería rápida. Ninguno de ellos había barajado seriamente la posibilidad de ser capturado y menos aún trasladado a Alemania y encerrado indefinidamente en una lúgubre fortaleza. Una cosa era dar la vida por su rey y su país y otra bien distinta arriesgar y perder su libertad, y la mayoría no estaban preparados para el cautiverio.

La Navidad de 1940 fue un período extraño e inusualmente calmado. Aislados del mundo exterior, los prisioneros desconocían los progresos de la guerra. No llegaban cartas de casa ni órdenes del alto mando y no podían hacerse una idea de cuál sería su futuro. Encerrados entre paredes medievales, se dieron cuenta de que su percepción del tiempo empezaba a dilatarse. La guerra podía acabar al día siguiente o nunca. Podían vivir allí durante años. Podían envejecer o morir en aquel lugar. Después de la adrenalina del combate, el trauma de la captura y la incertidumbre de ser transferidos allí desde otros campos, Colditz parecía un lugar diferente y casi surrealista, «un castillo de cuento de hadas que flota por encima del pueblo». Los optimistas pronosticaban su pronta liberación, los más inquietos se negaban a esperar una puesta en libertad que tal vez no llegaría nunca y los

realistas sabían que pasarían mucho tiempo allí. Los húmedos pasillos rezumaban un «olor a deterioro mohoso». Por la noche oían a las ratas corretear por los tablones de madera de las buhardillas. Gran parte del castillo estaba vacía y cerrada a cal y canto, ocupada únicamente por fantasmas de antiguos prisioneros. «Parecía que las paredes tuvieran viruela.» Pero en las noches despejadas, cuando los campos nevados se extendían hacia la lejanía y el repiqueteo de las campanas de la iglesia se elevaba desde el pueblo, el lugar era tranquilo y casi hermoso.

Los polacos prepararon una especie de cena de Navidad y una representación de *Blancanieves y los siete enanitos* con marionetas que, a diferencia de la versión tradicional del cuento, terminaba con la gloriosa restauración de la nación polaca y una emotiva versión del himno del país. Los alemanes repartieron vino y cerveza entre los prisioneros y Eggers se alegró al descubrir que sus raciones navideñas incluían medio kilo de café en grano, el último que vería en años, según escribió.

Mientras saboreaba el café navideño, el Leutnant (teniente) Eggers redactó sus informes como si estuviera evaluando a la última hornada de alumnos al principio de un nuevo curso: «Aunque llevaban más de quince meses en nuestras manos, a finales de 1940 los oficiales polacos tenían la moral muy alta. Los franceses conservaban la solemnidad tras la derrota y los británicos estaban haciéndose al lugar».

También estaban investigando cómo salir de él.